

# En pos del pame del sur

---

*Carlo Antonio Castro*

*A maestros y alumnos de nuestra  
Facultad de Antropología, en su 45° Aniversario*

## I

¡Díafano lunes 30 de enero! A las seis de la mañana, después de tres días de gestiones en la villa de Jacala, Hidalgo, parto con rumbo al poblado de Jiliapan. Me guía el señor Beatriz González, recio campesino jiliapense que, desde hace diez años, radica en la cabecera municipal, de más o menos dos mil almas, por la que pasa la carretera a Laredo.

Don Ariosto, mi anfitrión jiliapense en Jacala, me entregó ayer domingo una carta de presentación para su padre, don Samuel López, quien vive en su hogar originario. El guía y yo vamos en nuestras respectivas mulas, fuertes monturas, la mía negra, la suya parda, acémilas que han transitado por estos escenarios en múltiples ocasiones, soportando cargas inertes o sirviendo ocasionalmente de cabalgaduras. El camino de herradura, una vez abandonada la villa, se vuelve poco a poco, aquí y más allá, problemático. El terreno se torna anfractuoso. Superamos cuestras que bordean los cerros; dominamos bajadas impresionantes, pisando nuestras bestias la resbalosa piedra lisa de las laderas en trechos que debemos tantear, paso a paso, frenando, reteniendo o aflojando las riendas, sin perder la calma, pues la bruna y la parda ejercen, por sí mismas, su sentido de la exactitud, más allá de la percepción humana.

En cierto momento iniciamos el descenso por un sitio cuyo nombre lo dice todo: Las Escalerillas... Desmontamos y dejamos que las mulas bajen sin jinete, seriamente, con precisión instintiva reiterada. Las seguimos con botas precavidas, afinando los oídos medios para equilibrarnos. ¡Ufff! ¡Salvamos el trance! Nos encontramos en el fondo...

Dos comerciantes otomíes, en sendos caballos de breve alzada aunque briosos, nos dieron alcance al poco tiempo y se nos emparejaron, concertando su andar con el nuestro: don Lucas, de San Francisco, y don Refugio, avecindado en Zimapán. El franciscano, atento y comunicativo,

fue quien nos dijo que ambos eran hñahñú y nos proporcionó otros datos, a diferencia del habitante de Mabözá, quien, una vez que nos hizo saber “su gracia”, se refugió en los monosílabos ¡sí!, ¡no!, ¡no!, ¡sí! Tras un cuarto de hora de intercambios bilingües y silencios particulares a paso compartido, los fugaces compañeros de ruta espolearon a sus bestias y, despidiéndose, ¡k’athu! ¡k’athu!, se adelantaron, ¡hasta luego!

Seguimos hacia el perdido horizonte y así, con la vista engolosinada, disfruté de paisajes maravillosos... Se siente uno perdido entre los montes y los peñascos y, súbitamente, recrea la vista una tela natural que parece tejida por el pincel de José María Velasco y, más allá, otra que requeriría los trazos de un pintor todavía desconocido, o de un musical compositor silvestre. ¡Vamos recreando el camino al andar! Abordamos una barranca que, al desenvolverse, llega, según indica don Beatriz, hasta Mabözá, vía agreste por la que los indios pajareros acarrear mercancías desde Zimapán a Jiliapan, continuando luego las huellas que nosotros acabamos de dibujar.

En una ranchería cuya gracia es Las Juntas disfrutamos de merecido refrigerio. Una gruesa, colorada y atenta señora, que se expresó en hñahñú, nos sirvió, en desportillados platitos de peltre, gorditas de carne de monte, con verduritas. Gorditas del marsupial dazú del acorazado nk’injuá y del orejón y saltarán juá. Aprendí de pequeño que la mejor salsa es el hambre, pero, independientemente de ello, las gorditas me parecieron sabrosas: ¡xa kühí! A ellas agregó la señora Flor sendas jarritas de café aguado y jícaras de espumoso pulque (sus burbujas me recordaron la canción del vino, de la opera de Pietro Mascagni).

Descansamos con buen juicio. Pagué y me despedí de la jefe del fogón: dí jamadí... Usted en verdad es döní. Ella sonrió: ¡k’athu!

Llegamos a Potrerillos, donde nos refrescamos en invitador ojo de agua. ¡Qué alivio! Eran muy cortos los estribos de mi silla de montar, cuyas perneras no daban de sí, de modo que con el transcurso del esforzado ejercicio y el desbalance de mis extremidades inferiores se me provocó una molestia en las rodillas, sobre todo en la derecha, más lastimada por los dispares brincos montañoses. Me liberé de las botas y de los gruesos calcetines de lana, me lavé las piernas y pies, me di un masaje y me calcé nuevamente.

Avanzamos hacia Jiliapan, con inmejorable ánimo. Llegamos a nuestra meta, puntualmente, a las tres de la tarde. Don Beatriz me había advertido que la alcanzaríamos en nueve horas y así lo logramos. El topónimo Jiliapan me hace pensar en mazorcas tiernas, nutridas por agua abundante. El nombre fue otrora impuesto por los nahuas, etnia seminal del México antiguo, etnia fundacional del México de nuestros

días, junto con otros grupos humanos mesoamericanos. El vocablo mexicana es *Xiliapan*, prolongada la primera *a* y la gente de habla castellana empezó a reinterpretarlo, como ahora se escucha y pronuncia, desde fines del siglo XVI. Ya encontraré la denominación pame.

Casas y cabañas, salvo un breve núcleo, se desparramaban, aquí y allá, sin concierto aparente, ocultándose algunas de ellas entre arbustos y árboles, y emergiendo otras, en este potrerrillo o en aquél de más allá, en soledad. A despecho del Sol que acecha, gozamos por instantes, de cariñoso airecillo fresco. En la misma entrada, cabe un hermoso sabino, brota un manantial desde cuyo emplazamiento se desciende para penetrar al poblado.

Una de las primeras casas es, por gracia de Dios, la morada de don Samuel López. Frente a ésta apreciamos las puertas de un abandonado templo menor, próximo a la Alcaldía, y una escuelita, así como una dispareja cancha de baloncesto. Hacia arriba, a la izquierda, un tanto retirada, según me informa poco después el señor López, queda la vivienda del juez auxiliar, don Marciano Lorenzana. Esto me lo comunica leída ya la carta que puse en sus manos tras los saludos y las presentaciones de rigor. Es amable don Samuel. Charlamos mientras don Beatriz y yo degustamos sendas cervezas al tiempo y él bebe, también a pico de botella, una gaseosa Mundet. Me recomienda que vea a don Marciano.

En esas estábamos, cuando se presentó la persona de referencia.

He aquí al señor Lorenzana. Se trata de un miembro de la etnia pame, dueño de un semblante muy serio, pobremente vestido, quien, en cuanto se hubo enterado de mi misión lingüística, negó que en Jiliapan se hablara “meco”, nombre que le dio al idioma pame, el mismo término con inflexión peyorativa que había yo escuchado en Jacala. Sin embargo de ello, le expliqué con sencillez la importancia de las lenguas indígenas de México, poniendo ejemplos en otomí, que él conocía bien, y en náhuatl. El juez auxiliar comenzó a ceder, aceptando que sí se conservaban en el poblado unas cuatro personas que “pronunciaban el meco”, no así él mismo.

Alentado, le presumí de unos sustantivos que memoricé entre los que Soustelle ofrece en el capítulo correspondiente de su texto acerca de la familia otomí-pame, como *pahan*, en su forma absoluta, singular. El que llamaré nuevo amigo, con inevitable destello en la mirada, tradujo: ¡Caballo! Pero añadió, tras un segundo, que sabía no más de ocho palabras, aprendidas de muchacho, escuchadas de labios de los “viejos antiguos”. Espontáneamente agregó que “hace muchos años vino un hombre joven, acompañado por su mujer, que en un cuaderno leía tantito a la

gente y preguntaba si era así, o no era, y apuntaba algo, quién sabe qué, y así pasaba el santo día, de la mañana a la tarde”.

Mientras el juez auxiliar se manifestaba, yo recreaba la imagen de Soustelle cotejando, quizá, vocablos extraídos de Soriano y de alguna otra fuente, con el fin de establecer su confiabilidad y de orientarse en su propia pesquisa, ya con el apoyo de la Fonética, ciencia que tanto le debe a Francia. El egresado de la Escuela Normal Superior recababa algunos de los datos que, analizados, correlacionados y contenidos en un texto, lo llevarían, cinco años más tarde, a obtener, con méritos suficientes, el doctorado de la Sorbona.

El señor Lorenzana insistió en que el “meco” se había acabado. Por mi parte, saqué de la nutrida mochila, compañera mía, el precioso ejemplar de *La Famille Otomi-Pame du Mexique Central*, París, Institut d'Anthropologie, 1937, volumen que abrí para mostrarle al juez pame la lámina III. Indiqué la fotografía F, preguntándole si conocía a las tres mujeres que en ella aparecen. Se impresionó. Señaló, susurrando: “¡Atanasia Pérez, Julia Herrera y Juana Cervantes! Atanasia está viva todavía”. Escribí los nombres en mi inseparable libreta de taquigrafía, no sin pensar en la casualidad etimológica del primero de ellos.

El señor López, que también se había sorprendido con aquellas sombras femeninas, me alentó por su cuenta: “Atanasia es una buena mujer, muy servicial aunque ya ancianita. ¡Trate usted de verla mañana!”

Se despidió el señor Lorenzana. Don Samuel y yo acordamos las condiciones de nuestra estancia en Jiliapan. Me asignó una habitación en su casa, que yo compartiría con mi guía, y aceptó proporcionarnos alimentos. Don Beatriz sabía donde acomodar nuestras mulas y fue a procurarles abrigo, una vez liberadas de la carga que ambas soportaban en sus ancas.

## II

Apenas pude descansar por la noche, aunque metido hasta el cuello en mi bolsa de dormir, ya que un desagradable frío me espantó intermitentemente el sueño, acosándome. La bolsa resultó, pues, de vigilia. En el catre, el amigo Beatriz roncaba como alma que nada debe ni teme.

A la temprana luz solar examiné mis útiles de trabajo: listas léxicas, lápices de afilada punta, gomas de borrar, libreta de notas, así como las sencillas medicinas y el libro de Soustelle, acomodando todo en mi mochila. Me lavé y afeité. Don Beatriz y yo desayunamos con el señor López. Charlamos acerca de la relación entre mestizos de habla castellana, otomíes y pames en este poblado, que parecen muy equilibradas. Me dice nuestro anfitrión que el juez auxiliar es el representante comu-

nal de los últimos, quienes son los menos favorecidos económicamente. “La verdad es que estos señores dejan su lenguaje y aprenden otomí, porque les conviene para hacer transacciones y amistades”, resume don Samuel, mientras despachamos los huevos revueltos, las calientes tortillas de maíz y el grato café negro.

Al salir de la casa, mientras don Beatriz iba a atender a nuestras mulas, yo encontré, a los pocos pasos, un numeroso grupo de personas, quienes me saludaron y preguntaron con curiosidad a qué había yo venido a Jiliapan. ¿Acaso vendía algo? Expliqué mi intención de estudiar el “meco” (empleé esa denominación para ser expedito). ¿Podrían ayudarme? Un tanto desilusionados, me informaron que había unas cuantas mujeres que todavía sabían algo, pero “lo que aquí se pronuncia es el hñahñú y *la castilla*, que también aprenden los mecos”. En eso advertí que mis interlocutores eran otomíes. Trenzamos la plática y, de un momento a otro, al hablar de enfermedades, me vi obsequiándoles, tomados de mi amplia mochila, sobrecitos de aspirina, frasquitos de agua oxigenada, cajitas de Vick-Vaporub, curitas, irrestrictamente. El juez auxiliar nos observó a cierta distancia. Cuando me retiré de la gente para empezar mi búsqueda y tratar de establecer contacto con algún posible informante pame, el viejo Lorenzana me saludó y me dijo que me acompañaría a ver a la señora Atanasia. Caminamos hacia el corazón del barrio correspondiente y nos detuvimos ante un jacal grande.

—¡Buenos días!

Salió de la choza un hombre mayor, a quien le dije que yo deseaba ver a doña Atanasia. Mi interlocutor me respondió:

—No está mi mamá, salió y regresará tarde. Ya está muy acabada y no entiende nada...

Otros sujetos se habían acercado y, contrastando con el silencio del juez, apoyaron el dicho del familiar:

—¡Está enferma y sorda!

Es posible que se hubieran puesto de acuerdo, enterados de mi propósito por inevitables comentarios sobre la presencia de extraños.

El juez me dijo que tenía un quehacer urgente y se retiró. Empecé de nueva cuenta a preguntar por el “meco” y sus hablantes, ponderando el interés que el idioma tiene, señalé su parentesco con el otomí floreciente, de manera fácil, hasta dibujando un mapa lingüístico del hñahñú y los posibles asentamientos del pame en la Sierra Gorda, etc., para incitarlos a una valoración positiva.

En eso estábamos cuando, de repente, la señora, que efectivamente había salido, apareció. Ni yo mismo lo creo, pero doña Atanasia, quizá de 80 años de edad, pasando por alto el tiempo transcurrido entre lo ante-



riormente vivido y el momento actual, me vio, se detuvo, apoyada en un rústico bastón, y me saludó:

—¡Buenos días, señor Su... Su... ¿Qué tal? ¿Cómo ha estado? ¿Y la señora? ¿Por qué no había venido *usté*?

—¡Buenos días, señora Pérez!— alcancé a responder, aturdido por la imprevista confusión y admirado, al mismo tiempo, por la profusión de su saludo, en contraste con lo que acerca de doña Atanasia se me había dicho.

—¡Siéntese aquí! —dijo ella, sacando una sillita de cuero o taburete— ¿Quiere *usté* más palabras de ‘nyáa? ¡Yo se las digo! Varios de éstos —agregó, señalando a los mirones con el índice derecho, describiendo un semicírculo— medio entienden, malamente, *la* idioma, pero se afrentan de hablarla y se hacen de rogar para decir algo, para soltar un poquito. Yo no, ¿por qué negarlo? ¡Dios me lo ha dado!

*Mon Dieu!* Heme aquí, tomado por el joven Soustelle, escuchando en el campo mi inicial palabra directa en pame, de labios de una intemporal hablante que pronunciaba, a las primeras de cambio, el nombre de su lengua.

Ella sacó otro taburete. Nos sentamos y yo tomé la obra otomiana y le mostré la socorrida fotografía F de la lámina III. ¡Maravillosa indígena! Se le humedecieron los ojos y exclamó:

—¡Yo! ¡Julia! ¡Juanita!

Tracé un bosquejo rápido de las tres caras, reunidas; arranqué la hoja de la libreta y la puse en manos de la sobreviviente:

—Tome, de recuerdo...

Luego, conforme a lo que doña Atanasia asegurara, hablamos del favor divino que constituyen todas las lenguas del campo, *las* idiomas como el otomí, el ‘nyáa (la vocal intermedia con acento es nasal) y el mexicano, es decir, el náhuatl.

—Hay *otras* idiomas en la sierra —comentó doña Atanasia— pero no sé cómo se llaman. Yo entiendo mucho otomí y con mis amigas tenía confianza para aprender más.

Aprovechando la buena acogida, entre tres hombres y una mujer que se habían quedado a curiosear, tomé de mi mochila, que descansaba en la tierra, la útil tablita de apoyo, lápices bien afinados y goma de borrar. Saqué uno de los conjuntos de treinta páginas que me permitirían, durante los días necesarios, apuntar hasta 1500 vocablos, siguiendo la lista impresa en castellano, aplicable a cualquier idioma indígena americano. Tuve también a mano un cuaderno de notas para registrar frases y oraciones que eventualmente surgieran.

Inicié el interrogatorio después de explicarle a la señora Pérez el procedimiento: Yo diría dos veces la palabra requerida; ella pronunciaría cinco veces la equivalente en pame, lentamente las dos primeras y normalmente las tres últimas. Si yo necesitara de más repeticiones, se lo pediría indicándolo con el lápiz. Ella captó la rutina admirablemente.

A medida que transcurría la información, me di cuenta de que las personas que escuchaban ponían mucha atención a las respuestas de doña Atanasia, y cuando ésta vacilaba o tenía alguna duda la presionaban, sobre todo la mujer, con audibles comentarios en voz baja, en espera de un resultado. Debo decir que esos ruidos me molestaban, pues interrumpían mi *ethos* fonético, la propiedad de mi audición, la fina percepción de mis oídos. Entonces, hacía con el lápiz la señal de repetición convenida. Por otra parte, aquellos mirones me dejaron la impresión de que entendían bastante pame aunque no podían hablarlo. Lo cierto es que influían en que mi informante pensara bien, en ciertos vocablos, antes de contestar.

Para evitar la fatiga, dejábamos un rato el vocabulario. Durante una tregua, doña Atanasia comentó que en Landa, según sus difuntos padres, se había hablado nyáa, “igual que aquí”, mientras que en Pacula era antes “un poco distinto, pero tampoco se habla ya”. Quizá en Jiliapan llegaran a “veinte los que pueden decir el *meco*”. Y añade, “no piense que son muchachos, no, todos son viejitos, como yo, pues los demás no quieren aprender... Sólo *la castilla* y *la t’umæi*”.

La sesión de pesquisa léxica fue de tres horas. Suspendí la búsqueda porque consideré que doña Atanasia tenía que hacer cosas más importantes para ella. En realidad me extralimité, ávido del manjar léxico. Anoté fonéticamente noventa palabras, dejando en blanco varias entradas para llenarlas con eventual informador varón. Agradecí a la señora Pérez su atención, me despedí y me retiré con don Beatriz, quien había llegado un poco antes a ver lo que yo estaba haciendo y a informarme que nuestras mulas se habían forrajeado de lo lindo. Doña Atanasia aceptó seguir conmigo el jueves dos de febrero.

A mediodía, estudié mi cosecha léxica, referente a la anatomía, con escasas voces fisiológicas. En ello estaba, sentado en una silla, a un lado de la puerta de don Samuel, cuando éste apareció, saludó y exclamó risueñamente:

—¡Ya está llegando don *Ambrosio*!

Contesté al saludo y dudé sorprendido:

—¿Don *Ambrosio*?

—¡Sí, don *Ambrosio*! Es que ya vamos a comer...

Caí en la cuenta de que don Ambrosio era el hambre. Y, ¡qué casualidad, Ambrosio, como Atanasia, es igualmente inmortal!

Almorzamos y platicamos ampliamente acerca de mis experiencias matutinas. Le expliqué al señor López, igualmente, lo que es el alfabeto fonético y un alfabeto práctico. Don Beatriz escuchó con atención. Disfrutamos de arroz con verduras, un trozo de tasajo y café.

Por la tarde recorrí el “barrio” pame de Jiliapan, tratando de vincularme con un varón que supiera nyáa, pues deseaba comparar sus posibles datos iniciales con los obtenidos de la señora Pérez. ¿Estarían todavía en sus sementeras, propias o ajenas? ¿Habrían regresado ya o lo harían al ponerse el sol? ¿Irían después de sus labores a cumplir otros compromisos? ¿Se abstendrían de aparecer ante la advertencia de que un desconocido quería “aprender *la* idioma”? El caso es que no pude evitar que detrás de mí vinieran unos cuantos chiquillos, de ocho a doce años, según calculo, ávidos de novedades, intercambiando impresiones en otomí o en el castellano lugareño.

Retrocedí un tanto y visité al juez auxiliar, quien descansaba en un banquito, fumando un cigarrillo, tan corto que ya se quemaba los dedos. No me puso muy buena cara, pero contestó a mi saludo con una pregunta:

—¿Viene *usted* otra vez a que le diga que no sé *la* idioma? ¿Quiere *usted* burlarse de mí?

—Vengo a contarle, señor juez, que tuve suerte en la mañana, pues la señora Atanasia me dijo casi cien palabras.

—¿De veras? Bueno, ya me habían contado que *usted* y ella hablaron mucho tiempo... ¡Cien palabras! ¡Ya tiene *usted* el *meco* completo!

Traté de bienquistarme con él y saqué de mi mochila una cajetilla de “Delicados”, traída para acercamientos difíciles, la primera de un paquete adquirido para tal fin en la Ribera de San Cosme.

—Tome usted, señor Lorenzana, estos *cigarros* son de los buenos...

—¡Ah, pues sí! —aceptó tomando la cajetilla y abriéndola hábilmente. Encendió un “Delicados” con su colilla y chupó con fuerza. Aspiró el humo y tras unos segundos, exclamó:

—¡Gracias, muchas gracias!

No entiendo bien a los fumadores, pero supe que había llegado el instante:

—A ver si usted sabe algo de lo que doña Atanasia me ha dicho, siquiera veinte palabritas...

—Pues, a ver, diga...

Sin prepararlo, puesto que la ocasión la pintan calva, y dado que ya tenía yo una referencia *in situ*, le propuse, lentamente, haciéndolo repetir dos veces: “cuerpo”, “alma”, “cabeza”, “sesos”, “cabellos”, “trenzas”,



“canas”, “rizos”, “frente”, etc., hasta una veintena de vocablos que no le causaron dificultad, salvo el segundo que lo entretuvo pensando un rato, pero finalmente se expresó con igual resultado que la información de doña Atanasia.

Entre cada pareja de pregunta y respuesta repetida, don Marciano juzgaba que *la* idioma para nada servía, que los hijos de la “gente antigua” sólo aprendían “*la castilla*” y el otomí, prefiriendo éste porque es “de los más ricos de aquí”, ya que los campesinos hñahñú hacen negocios, traen cantidades de huevos de Zimapán y otros sitios, cargan hasta acá máquinas de coser y sus mujeres hacen camisas y otras prendas, hasta mantelitos que venden muy bien, aquí y en los poblados más allá, como Landa y La Misión. Además, cultivan el maguey, ofrecen aguamiel y pulque, preparan un queso de las pencas de esa planta. Por eso, pues, “la gente joven aprende otomí, y quiere conocer *la castilla* para arreglar sus asuntos en la escuela y en la *ciudad*”.

La reunión concluye cuando don Marciano dice:

—Ya me cansé... Es todo lo que sé.

—¡Gracias, señor juez!

Pienso que para un individuo renuente, el tiempo invertido resultó, en verdad, interminable. Aunque le tomé pocas palabras, los datos que surgieron en cuanto a su admiración por los otomíes, evidencian cuestiones económicas y sociales que han afectado a la conservación de una lengua de la que poco sabemos, emparentada con un ancestral proto-otomí, sin duda, pero no estudiada a fondo en su dialectología meridional, contándose sólo con la aportación de Jacques Soustelle. Quiero ahora recoger siquiera un millar de palabras para que los especialistas en Lingüística puedan disponer de un material más amplio con el cual realizar sus comparaciones y posibles reconstrucciones. No cuento de manera decidida con la cooperación de don Marciano, pues este señor sufre un complejo de inferioridad que le ha sido condicionado e impuesto por factores económicos y socioculturales en una situación interlingüística muy compleja. No goza, por lo tanto, al recordar y emplear las fuentes glóticas de su etnia y evade el reconocimiento de su identidad.

Tal inhibición se hizo más patente en el momento en que me dijo que si yo quería “aprender de veras el *meco*” tenía que hacerlo platicando con cierto don Fidencio, hablante del Cerro de Enmedio, “de la *mera mata*, que sí sabe todo el *derivado*” (sic). Ahora bien, de igual modo que por la mañana, con doña Atanasia, ya teníamos nuestro público: cinco o seis varones de edad mayor. Contento yo con lo que había conseguido, me despedí de mi desganado amigo. Uno de los curiosos me acompañó espon-

táneamente, en silencio. Entonces le pregunté, recorrido ya un trecho, quién era don Fidencio. Sin más, me respondió:

—¡Es el hermano mayor de Marciano!

—¿Cómo? ¿El hermano del juez?

—¡Sí, siempre ha vivido retirado! Le gusta estar solo. Casi no se entiende con nadie...

Sin expresarlo, pensé: está bien, averiguaré cómo se saluda en pame y subiré a visitarlo...

### III

Durante la mañana de este miércoles, primero del mes que tiene fama de loco, procedí cuerdamente: estudié a fondo los vocablos obtenidos, hice un análisis preliminar de los fonemas, memoricé algunas voces. Luego me dediqué a buscar a los “antiguos”, como dice don Marciano. Rastreando, saludando, visitando con tacto, hallé a una buena informante, la señora Abundia Santana, de fácil palabra, comunicativa, de cincuenta años de edad, mujer del señor Gregorio Pérez, campesino tímido que, a pesar de tal forma de ser, completó la información lexicográfica que durante dos horas me proporcionó su compañera. Avance mucho en mi lista. Tuvimos la suerte de pasar desapercibidos, en la parte trasera de su choza, donde la pareja tiene un gallinero.

No sólo recogí cien nuevas entradas sino que también me comunicó la dueña los nombres de quienes, según ella, saben hablar el ‘nyáa:

1. Atanasia Pérez, “de noventa años” (yo le había calculado una menor edad y pienso que así es, ya que su fonación me pareció inafectada, lo que confirmé al comparar su información con la obtenida del juez);
2. Gregorio Pérez, de sesenta y cinco años, “ya ve *usté* que no dice mucho pero lo que dice está muy bien dicho”;
3. Sebastián Pérez, “nuestro pariente, que también sabe la *t’um̃i*”;
4. María Andávalos, mujer de Sebastián;
5. Carmen Santana, “un señor de sesenta, setenta años, que es de puro ‘nyáa, pero tiene mucho retraso para entender las cosas que se le dicen en *castilla*... Cuando está *briago* canta en *meco*”;
6. Fidencio Lorenzana, “el mero antiguo”, hermano mayor de Marciano, que “¡uuuh!, muchos años tiene, ¡quién sabe cuántos!”;
7. Marciano Lorenzana, “el juez que nos defiende; siempre nos obliga a hablar en *castilla*, pero es de los más antiguos; además, sabe el otomí desde que era muchacho”;

8. Crispín Herrera... “¡Ese habla con gusto el ‘nyáa! Pero está más sordo que una piedra”;  
Y como en el cuento de los ositos, se le olvidó contarse a sí misma. Yo la agrego, con todos los honores:
9. Doña Abundia Santana, de entre cincuenta y cincuenta y cinco años de edad, a quien empiezo a apreciar como desinhibida informante de pame del sur.

Conforme a estos datos, hay nueve hablantes o recordantes de la lengua ancestral de Jiliapan. Las presiones socioeconómicas, políticas y lingüísticas de la comunidad de habla castellana han constreñido los dialectos meridionales del ‘nyáa a este mínimo número de individuos de edad avanzada. Por su parte, los otomíes, que inmigraron hacia este lugar desde el último cuarto del siglo XIX, adecuadamente provistos para la competición, aumentaron el apremiante desequilibrio inter e intra-lingüístico de la comunidad pame y se allegaron nuevos hablantes, quienes, dejando el ‘nyáa de sus mayores, adoptaron el hñahñú.

Bien. Programaré mis pesquisas, desde hoy hasta el martes ocho de febrero. Visitaré cuantas veces sea preciso a doña Atanasia, a doña Abundia y don Gregorio, a don Marciano, por más que el juez me ponga cara pésima... Treparé monte arriba para conversar con don Fidencio. Trabajaré con el vocabulario grande, de 1690 reactivos. Luego sujetaré a la prueba de fuego mi información, dando a los hablantes la voz en pame, cuidadosamente, en busca de su equivalente en castellano. En eso consistirá mi tarea de los próximos días.

